

FE DE SANTA TERESA DE JESÚS

III.

No era menester más para mí de pensar, hizolo Dios todo, y veía que no había de que me espantar, sino porque le alabar, y antes me hacen devoción las cosas dificultosas, y mientras más, más.

(Santa Teresa de Jesús, Vida, c. 28)

Acostumbran los que no conocen qué cosa es la fe cristiana hacernos cargo porque creemos lo que no vemos ni entendemos, ignorando los tales o afectando ignorar que es de condición esencial a la fe creer lo que no se ve, o sea la fe es de cosas que no comprendemos. Porque en verdad, si comprendiésemos las cosas, ya no se hablaría de fe. Vimos ya con san Agustín cuán sin razón discurren estos tales, y que no pueden dejar de admitir muchas cosas que no han visto, so pena de pasar plaza de hombres insensatos o locos. ¿Quién ha visto el aire, quién ha visto sus padres al nacer, y todas las cosas y lugares que hay en el mundo? Y no obstante debemos creer que existen por el testimonio de los hombres, que no es otra cosa que un acto de fe.

Pero pasemos más adelante y veamos con cuánta sinrazón arguye el incrédulo al echar en cara a los fieles que la fe oscurece la razón, acorta el vuelo del ingenio, y otras sandeces por el estilo.

En primer lugar, nadie puede desconocer que la fe sobrenatural es una luz, conforme al dicho del real Profeta: "En tu lumbre veremos la lumbre". Es luz que nos muestra altas y provechosas verdades de Dios y de sus divinos atributos, sin cuya ayuda jamás el hombre hubiera podido sospechar su existencia; es luz que eleva al hombre a una región superior a todo lo criado en un orden sobrenatural; es luz, en fin, porque esclarece y guía con seguridad a la razón aún en sus conocimientos naturales, dándole a conocer las verdades que ella no podría alcanzar sin mezcla de error y sin grande trabajo. Y en verdad, ¿no sabe más y mejor de Dios, de sus atributos, del alma humana y de la vida futura un niño cristiano que sepa el catecismo, que todos los más renombrados filósofos de la antigüedad supieron o aprendieron en toda su vida? Bien decía Tertuliano que el dar asenso a la autoridad de la Iglesia en las cosas de fe es una grande atajo que nos ahorra inmensos trabajos. Discurriendo santo Tomás sobre la fe de los cristianos, dice estas memorables palabras: No creerían si no **viesen**, y esto es tan cierto, que el Apóstol prescribe que sea racional el obsequio de la fe, y no lo sería por cierto si a tontas y ciegas creyésemos cualquier cosa. Porque Dios, que nos ha dado la razón, no quiere que para creer nos hagamos irracionales.

Pero se nos dirá acaso: ¿cómo han de ver que son creíbles las verdades de nuestra fe los rústicos y el pueblo ignorante, que no reflexionan ni alcanzan siquiera las verdades más triviales? ¿No ven mejor y comprenden los motivos de credibilidad muchos hombres sabios que han examinado detenidamente los fundamentos de nuestras creencias, y a pesar de esto tienen la desdicha de no creer? ¿No ven más que ellos, y no obstante creen? ¿Cómo se explica? Santo Tomás no asegura que creen porque ven, sino que afirma que no creerían si no viesen que esas cosas son creíbles. Es una condición de nuestra fe el ver para creer; mas no es la causa que nos impele a ello. Si así fuera, los hombres más instruidos en los fundamentos de nuestra santa religión y en los motivos de credibilidad, serían los que tendrían más viva fe, y no obstante no es difícil hallar algunos fieles rudos que tienen fe más viva que los tales, que muchas veces no tienen ninguna. Yo, pues, puedo asegurar con verdad con santo Tomás, que si no veo, no creo; mas, no obstante, no creo porque veo que una cosa es creíble; para ello se requiere además una pia moción de la voluntad que no está en nuestra mano el tener, sino que es don gratuito de Dios, pues no basta ver para creer, como enseña santo Tomás con los teólogos, sino que en el conocimiento o adquisición de la fe corresponde una parte principal a la voluntad¹. Esto nos explica por qué el pueblo tiene muy a menudo fe más viva que otros fieles más ilustrados, porque siendo obra de la gracia de Dios y un movimiento o afecto piadoso de la voluntad el creer no hallando en estos corazones tanta resistencia, se comunica con más abundancia la gracia del Señor. No es en la cabeza, le ha dicho con verdad, sino más bien en el corazón; no es en el alma, antes bien en el cuerpo y en las pasiones, donde radica y se afirma la dificultad de creer. Por esto Jesucristo nos afirma que la luz ha venido al mundo y

¹ Sum. Cont. Gent. Lib. 3º, cap. 40

los hombres han preferido las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas, porque el que obra mal aborrece la luz, y no viene a la luz por temor de que sean reprobadas sus obras.

El que cumple la verdad viene a la luz². Esto nos explica perfectamente el secreto o dificultad que muchos encuentran en creer los misterios o verdades de nuestra religión santa. Si tuviesen un corazón puro y deseos de seguir y conformar su conducta a lo que la fe enseña, no serían rebeldes a la luz de esa fe. Quitad su mandamiento, decía un famoso impío, y, no un símbolo, sino cuantos queráis admitiré. Por eso santa Teresa de Jesús, la gran celadora de la fe en nuestra España, de vida inocentísima y conforme a los preceptos y consejos evangélicos, decía muy bien de los desventurados herejes de su tiempo, a los que tan perfectamente conocía: “Se quieren cegar, y hacer entender que es bueno aquello que siguen, y que lo creen así sin creerlo, porque dentro de sí tiene quien les diga es malo³.”

Si su vida fuese pura, exclamarían con san Agustín: Creo lo que no sé ni entiendo, y por eso puedo decir que lo sé, porque sé que no sé, ni entiendo lo que no entiendo⁴. Aquí es donde se ha de regalar un alma y tomar gran gozo y estima de las cosas divinas, que sean tan altas y maravillosas que ella no las entienda; y cerrando las puertas al discurso, tender las velas de la voluntad, y haciéndose como niña cantar con la Esposa: “Tus pechos son más sabrosos que el vino⁵”. Donde la esposa se hace como niña de leche; porque así como el niño mama y se pega a los pechos de la madre, sin discurrir ni escudriñar nada, así apegados a los dulces pechos de Dios a ciegas, creyendo que es más de lo que podemos entender, debemos ocuparnos en amar. Y así es grande la bobería y grande la soberbia de los que se cansan en querer con sus razoncillas entender y escudriñar estos misterios, porque están solamente reservados a la fe.

Concluyamos, pues, exclamando con Tertuliano: “Ríndase la curiosidad a la fe, y la gloria de la humana sabiduría a la salud” Y con la seráfica Doctora: “En cosa de fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba, por ella, o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, me moriría yo a morir mil muertes”. (*Santa Teresa de Jesús; Vida, c. 33*).

E. DE O.

DESDE LA SOLEDAD

AÑO NUEVO

¿Os habéis despedido del año pasado, amigos míos, dando gracias al Señor, y habéis saludado el año nuevo pidiendo mercedes? Si así lo habéis hecho, yo os aseguro un año feliz, con la felicidad que puede darse en este mísero destierro, donde todo cansa, todo fatiga, todo atormenta si no e con Dios, o por Dios, como decía nuestra seráfica Doctora.

Mas como acostumbran decir: Año nuevo, vida nueva, y los cristianos siempre debemos andar en novedad de vida, como nos manda el Apóstol, quiero indicaros algunos medios sumamente eficaces para renovar vuestro espíritu y andar más aprisa este año por el camino de la virtud.

Caracteriza nuestra época una agitación febril que reina en los ánimos, aún más bien fundados y serios. En el siglo del vapor y de la electricidad debe vivirse deprisa, muy deprisa, sin tener tiempo apenas para fijarnos apenas en los objetos que nos rodean o traemos entre manos. Diríase que nuestra alma encarcelada en este pesado cuerpo anda en tren exprés, que solo ve los objetos sin tener tiempo para fijarse en ninguno de ellos. Bien podríamos aplicar a nuestro siglo lo que decía a los cristianos san Agustín para desapegar su corazón de las cosas de este mundo transitorio: “Huésped eres, pasas, y solamente tienes tiempo para ver los objetos” *Hospes es, transis et vides*.

Mas como los hijos y amantes de Teresa de Jesús deben procurar resistir y hacerse superiores a las miserias que aquejan a los que viven dominados por el espíritu del siglo, fuerza es que robustezcan su voluntad con algunas consideraciones que les hagan superiores a estas miserias.

² Joan III 19,20, 21

³ Vida, cap. 7

⁴ Serm. I de Trinit.

⁵ Cant. I

Debemos, ante todo, procurar hacer todas nuestras obras ordinarias bien hechas. “En la gramática del cielo, dice san Agustín, más importancia y valor se da a los adverbios que a los verbos”. Esto es, que Dios no tanto mira a lo que hacemos como a la asistencia o al modo con que lo hacemos. ¿Qué cosa más baja que el comer y el dormir? Pues, háganse por Dios, y con ello ganamos un peso eterno de gloria. ¿Qué cosa más santa que el comulgar, oír misa y trabajar en la conversión de las almas? No obstante, si ve torcida la intención, si no lo hacemos bien, con ello atesoramos ira de Dios para el día de las venganzas.

Sea, pues, nuestro principal cuidado al empezar año nuevo, nuestra primera diligencia rectificar nuestra intención, o tener pureza de intención en todas nuestras obras: nuestro grito, nuestra divisa sea siempre: **Todo por Jesús**. Nada sin Jesús, y mucho menos, contra Jesús. Repitamos muchas veces entre día, ora estemos tristes, ora alegres, en salud o enfermedad, en trabajos o en gloria: **Todo por Jesús**. Así este año será nuevo para nosotros, porque será renovada, purificada, divinizada nuestra intención.

Mas me preguntaréis ¿cómo curar esta agitación febril que viviendo en el mundo se apodera aún de los espíritus más pacíficos, sesudos y calmosos? A mano está el remedio: sigamos al pie de la letra lo que decía el adagio de los antiguos, que por ser antiguo muy bueno ha de ser, porque es probado y aprobado por larga experiencia. **Age quod agis**, haz lo que haces, esto es, haz lo que tienes entre manos con tal cuidado, atención y diligencia como si ninguna otra cosa tuvieses que hacer después. Bastantes embrollos hay en el mundo, decía san Francisco de Sales al acusarle algunos de proceder con demasiada calma en el despacho de sus negocios; bastantes enredos hay ya en el mundo, y yo no he venido a aumentarlos con mis prisas, sino por deshacerlos con mi vida pacífica. Dios, decía muy bien el mismo Santo, no nos pedirá cuenta cuando hacemos una cosa porque no hacemos otra; sino de no hacer bien hecho lo que traemos entre manos. ¡Oh! qué bien conocía Nuestro Señor Jesucristo esta dolencia innata en el corazón humano, y que en el día ha tomado espantosas proporciones! Bástale al día su malicia, decía. ¿Por qué hemos de andar solícitos por el día de mañana, por lo que ha de venir después? Si esta solicitud quita la paz de nuestra alma, no viene de Dios: el espíritu del mundo ha penetrado en nuestro corazón.

¡Cuán dulce es al ánimo inquieto descansar tranquilo en los brazos de la providencia paternal de Dios! ¿cuándo nos entenderemos? ¿hasta cuándo hemos de ser crueles hasta con nosotros mismos? **Age quod agis**, haz bien todo lo que hagas. Corta las alas a tu imaginación inquieta; reprime la curiosidad de tu entendimiento; refrena o modera las ansias de tu agitado corazón. Calma, calma; haz cuanta que sólo hoy has de vivir: haz cuenta que sólo se te ha confiado la obra que traes en este momento entre manos, y no te angusties por lo que ha de venir después. Créeme y tendrás paz; y si no quieres creerme a mí, uno de tus más sinceros amigos, cree al menos a Jesucristo, verdad eterna, que te dice: Bástale al día su afán.

Y si a la pureza de intención, al cuidado de hacer bien todo lo que haces, lo mismo que hasta aquí has hecho, añades el hacer todos los días el cuarto de hora de oración, este año será nuevo para ti, mejorará tu espíritu, y perseverando en ello alcanzarás el cielo.

Así te lo promete, en nombre de santa Teresa de Jesús, tú más sincero amigo e hijo apasionado de la seráfica Doctora,

EL SOLITARIO

Enero de 1876.

ASPIRACIONES EL MUNDO DESDE LA SOLEDAD

I

¡Amable soledad! ¡Dulce morada donde inquieta y fatigada el ama busca en plácido reposo al Dios de sus creencias, sedienta de su trato y sus amores, y de encontrar en sus coloquios la paz y la dicha que otorgar no puede un mundo frívolo, transitorio y vano!.

En ti los días vuelan: las horas son instantes: ¡y qué instantes tan felices! ¿Quién no es feliz con Dios? ¿Qué son mil días vividos en el mundo ante uno solo en la casa del Señor?.

¿Y es posible, oh Señor de mi alma y de mi vida, que surcando las olas de ese piélago de inmundicia y desventura, niegue en su corazón el insensato que **Tú existes**, y altivo y

orgullosa te persiga con sus obras el impío, para eclipsar (si pudiera) la gloria y hermosura de tu nombre, y acabar con tu poder que le amenaza?.

Yo entre tanto te busco en la soledad; y al encontrarte bendigo tu existencia, y adoro reverente tu mano poderosa, que brilla y se refleja hasta en las obras más pequeñas de tu sabia Providencia.

Cuanto más me alejo de ese mundo agitado y bullicioso, más te amo; y cuanto más te amo, más feliz me siento.

En esta soledad ¿en qué te empleas? ¿En qué has de ocuparte, alma mía, si a tu Dios no buscas, adoras y amas?.

“Desventurada el alma⁶ que no busca ni ama a Cristo: ¡qué seca y miserable es! Pierde lo que vive el que no ama a Vos, Señor; y el que quiere vivir, y no para Vos, nada es, y por nada será estimado... El alma que no os busca ni os ama por amar al mundo sirve al pecado, y está sujeta a sus pasiones y vicios, y siempre anda sin sosiego ni seguridad. Mi alma, Señor piadosísimo, siempre os sirva, os busque y os ame, y en este mi destierro siempre suspire por Vos”.

Aquí en la soledad donde no llegan los horribles ecos del blasfemo; aquí donde se ignoran la ambición y el egoísmo, la altiva pretensión del medro y la grandeza, ni se escucha el estruendo de las armas, ni los ayes lastimeros del que muere en el campo de batalla..., aquí yo contemplo ese mundo miserable donde reinan el fraude, la ficción y la mentira, y donde el hombre no encuentra lugar ni momento de reposo.

Sólo en Vos, oh Dios mío, halla asilo seguro el alma que os busca, porque sois Señor de verdad y de grandeza, grande en el poder y en el consejo, grande en el saber y en la bondad, eterno en duración, inmenso en gloria.

¿Qué es el mundo sino noche tenebrosa, fragua donde se forjan las insidias, débil en todo, sin solidez ni fuerza para sostener al que sigue sus encantos? ¿Quién vio jamás en él gozo sin tristeza, paz sin discordia, descanso sin recelos, sosiego sin dolor, risa sin llanto?.

.....

Sólo Vos, oh Dios mío, ¡sois tan bueno! Otorgáis al alma que os adora vida sin muerte, placer sin amarguras, quietud sin turbación, caricias de amor santo; porque de Vos deriva lo bueno, lo santo y lo glorioso...

¿Cómo es posible no buscaros en mi miseria? ¿Cómo es posible no amaros al encontraros tan pobre de amadores? ¿Cómo dejar de consagrar a vuestros amores los momentos preciosos de mi vida transitoria?.

Mas si hay mortal a quién fascinan las glorias pasajeras de este mundo, y embriagan los placeres de este siglo, yo detesto esas glorias y placeres, y me consagro sin reserva a amarte siempre, porque Tú, mi Señor y mi Dios, así lo quieres.

“¡Oh Señor mío⁷, cómo sois Vos el amigo verdadero, y como poderoso, cuando queréis, podéis, y nunca dejáis de querer si os quieren!.

“Alábenos todas las cosas, Señor, del mundo. ¡Oh quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois a vuestros amigos! Todas las cosas faltan; Vos, Señor de todas ellas, nunca faltáis... ¡Oh Dios mío, quién tuviera entendimiento y letras, y nuevas palabras para encarecer vuestras obras!...”

V. A. Y Z.

UN RUEGO Y UN ENCARGO

A todas las Hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús

Quisiéramos en este día que nuestra humilde voz fuese en extremo autorizada para mover eficazmente las voluntades de todas las Hijas de María y Teresa de Jesús, y en general las de todos los corazones españoles, a pedir a Dios con grande instancia a fin de que veamos restablecida en nuestra España, antes de finir este año, la Unidad católica, que con tantas y tan magníficas instancias han pedido nuestros Prelados en sus razonadas exposiciones.

No nos detendremos en ponderar la conveniencia social de esta medida alegando razones, aduciendo datos que la razón y la historia nos suministra. Baste la autoridad de

⁶ San Agustín, in Manuel, cap. IV

⁷ Santa Teresa, Vida, cap. XXV

Jesucristo para convencernos de ella cuando dice: que todo reino en sí dividido será desolado. Y en verdad que no hay cosa que así divida los ánimos como la diversidad de creencias siempre opuestas que trae consigo la falta de unidad religiosa. Sólo recordaremos a las Hijas de María y Teresa de Jesús de toda España lo que decía a las Jóvenes católicas de Tortosa nuestro sabio y celoso Prelado, y hagan cuenta que fueron para sí dichas las palabras que a éstas dirigía: “Os encargo mucho que oréis para que el Señor devuelva a nuestra España la Unidad católica, una de las gracias más preciosas que Dios pueda otorgar a una nación. Se os dirá tal vez: ¿qué os importa a vosotras, jóvenes doncellas, que haya o no Unidad católica en nuestra España? Respondedles, decía tan sabio Prelado, respondedles a los que tal digan: ¿Que nada nos importa que al lado de la catedral católica se levante una mezquita de moros? ¿frente de un templo católico se abra una capilla protestante? ¿que se pueda blasfemar impunemente de Dios y de sus Santos de palabra y por escrito? Y viniendo más a vuestro caso, ¿nada os importaría a vosotras, que tenéis por gran gloria apellidaros y ser Hijas de María Inmaculada y de Teresa de Jesús, el que a vuestra Madre María que creéis inmaculada desde el primer instante de su vida se la compare a una mujer pública, o se la niegue su divina maternidad, o su virginidad perpetua, como se ha dicho públicamente y se ha escrito en nuestros días? Pues, si eso os importa y os importa mucho a vosotras, jóvenes católicas, como importa a todos los católicos, deber vuestro es procurar a lo menos con vuestras oraciones que Dios nos devuelva esa Unidad católica tan preciosa, con la cual se pueden conjurar o impedir tamaños males”.

Orad, pues, con instancia al Señor, sea vuestra oración muy continua a María Inmaculada y Teresa de Jesús, a fin de que nos alcancen el restablecimiento de la Unidad católica en nuestros días. María Inmaculada, la gran Patrona de nuestras Españas, y teresa de Jesús, la gran Celadora de la fe en nuestra patria, darán nueva eficacia a vuestras oraciones, presentándolas con las suyas a Nuestro Señor, y no lo dudéis, si oramos cual conviene, Nuestro Señor Jesucristo nos otorgará gracia tan preciosa y con ella toda clase de bienes, que harán que sea otra vez nuestra España la nación por excelencia católica y feliz.

E. DE O.

SANTA TERESA DE JESÚS

Una de las glorias más puras, más brillantes, más dignas de respeto y admiración de nuestra patria, es la ilustre Doctora de Ávila, la incomparable Santa cuyo nombre es el blasón más noble de España, la flor más lozana del fecundo jardín de nuestros claustros, la estrella que desde el siglo XVI derrama torrentes de luz sobre la Cristiandad entera.

Los filósofos, los literatos, los místicos, han querido juzgar a la sapientísima doctora, a la sublime poetisa, a la admirable penitente; pero el juicio de los hombres, a pesar de sus esfuerzos, no ha logrado penetrar en ese tesoro de maravillas que la vida de santa Teresa encierra, como un arcano cuya llave sólo existe en las manos de Dios.

Juzgar a santa teresa sólo por su ciencia, es empequeñecer su grandiosa figura, donde al lado de su sabiduría prodigiosa arde la llama de un amor inmenso; juzgarla sólo por su inspiración poética, es desvirtuar su carácter, en el que resaltan las profundas huellas de sus austeras virtudes; juzgarla por sus rudas penitencias es amortiguar el brillo de su alma, iluminada por los resplandores de la verdad eterna e inflamada por el fuego del amor divino. Santa Teresa es superior al juicio de los hombres, porque analizada se atenúa su figura, y estudiada en su conjunto no cabe en los estrechos límites del entendimiento humano.

Al recordar nosotros el nombre de santa Teresa, no pretendemos, pues, juzgar a la gran Santa, cuyas obras y virtudes nos entusiasman, y cuyo sólo nombre exalta nuestro patriotismo; no intentamos referir su vida, que conoce todo el mundo; queremos sólo indicar la relación que a nuestro juicio existe entre este gran astro de la Iglesia española y la civilización de nuestra patria en el siglo en que comenzó a brillar; aspiramos a consignar sencillamente que santa Teresa de Jesús es la personificación de la España católica en el siglo de su mayor esplendor.

El siglo XVI es, sin duda alguna, el más brillante de nuestra historia. El testamento de los Reyes católicos tiene entre sus legados las llaves de Granada y del Nuevo Mundo, el afianzamiento de la unidad católica y de la unidad nacional, el esplendor de las instituciones monásticas y la lozanía de un pueblo que después de un pasado glorioso vislumbra un porvenir de nuevas conquistas y victorias. El espíritu católico, que había guiado a nuestros padres en

ocho siglos de luchas contra el islamismo, inflamaba con nuevo ardor el corazón de nuestro pueblo para luchar contra el protestantismo que iba a trastornar a Europa. Destinada España a ser el campeón de la Iglesia, el valladar insuperable de todas las invasiones impías, al comenzar el siglo XVI aparece por un momento ceñida la frente por los laureles de la reconquista, extendiendo sus brazos poderosos de uno a otro continente, fija la vista en el cielo, como si al dar gracias a Dios por los pasados triunfos pidiera nuevo campo en que esgrimir sus armas vencedoras. La ciencia de nuestros teólogos, el ingenio de nuestros poetas y artistas, el poder de nuestros reyes, el valor de nuestros soldados, la santidad de nuestros monjes, la nobleza de nuestro pueblo, todo concurría a engrandecer el cuadro de la civilización cristiana, de que daba ejemplo nuestra patria a todas las naciones del mundo.

Europa iba a sufrir el terrible azote de la herejía luterana. Un fraile apóstata, instigado por el infierno, iba a sembrar el error en la sociedad cristiana. Algunos príncipes, instigados por la codicia, se preparaban a despojar a la Iglesia de sus derechos y libertades; guerreros sin fe afilaban sus armas para luchar contra el Catolicismo, a quién debían sus primeros laureles; filósofos corrompidos, ebrios de soberbia, forjaban todo género de sofismas contra la verdad revelada y contra las doctrinas de la Iglesia; pueblos, en fin, extraviados se disponían a seguir las huellas de la impiedad y a precipitarse en el abismo de las revoluciones modernas.

En este momento crítico, al estallar la terrible tormenta, es cuando aparece en España la ilustre Doctora de Ávila, el faro que había de guiar a las almas por entre los escollos de la herejía y de la indiferencia religiosa al puerto seguro de la verdad eterna. Santa Teresa, como doctora, enseña las saludables doctrinas de la Iglesia católica para preservar las inteligencias contra el contagio del protestantismo naciente; como monja austera y penitente, extiende por España el cordón sanitario de las Ordenes religiosas, valladar insuperable contra las conquistas de la impiedad; como poetisa, comunica a las almas en sus arrebatos de amor divino el fuego purísimo de la gracia que las fortalece para las futuras contiendas; como vivo dechado de virtudes cristianas, es la edificación de sus contemporáneos, y el asombro de toda la Cristiandad.

Santa Teresa de Jesús es conquistadora, como lo fueron los caudillos que en aquellos tiempos consolidaban la unidad nacional o ensanchaban por todo el mundo nuestras fronteras, teniendo por armas, en su calidad de religiosa, la oración y la penitencia, por soldados humildes vírgenes, por campo el claustro, y por corona la del martirio; es doctora, como nuestros esclarecidos teólogos que en Trento brillaban con todos los resplandores de su celestial sabiduría; es artista, como los poetas y pintores que en aquella época enaltecían las glorias de España, glorias del Catolicismo, en sus obras, donde resplandecía la clara luz de la belleza infinita; era noble en sus pensamientos, constante en sus empresas, firme en la lucha, serena en el triunfo, ardiente en sus deseos; era, en fin, una Santa española.

A los que en estos días de indiferencia religiosa, de odio a las instituciones católicas, de completo olvido para lo pasado, ignoran lo que fue la España del siglo XVI, fijen sus ojos en la ilustre Doctora y admiren en aquel sol de santidad y grandeza lo que valía la sociedad donde brotó tan extraordinaria maravilla. Vean allí cómo el misticismo monacal, lejos de cortar las alas al genio, se las dilataba y les abría horizontes inmensos, donde volar hacia las altas moradas del cielo; cómo el espíritu religioso producía a la patria glorias cuyo resplandor jamás se amortigua, antes con el tiempo se aviva y se aquilata.

El nombre de santa Teresa de Jesús será siempre una de las primeras glorias españolas.- *M. P. Villamil.*

(El Siglo futuro)

VIAJE TERESIANO

CARTA TERCERA

Ávila 20 de agosto de 1875.

Señoritas hermanas V.... e I..., Hijas de María y Teresa de Jesús.

¡Lorado sea Dios, que ya respiramos los ambientes de Ávila y nos bañamos en la luz de la patria de Teresa! ¡Cuánta felicidad, mis buenas Hijas de Teresa! Crean Uds. que todo va demasiado bien para estos viajeros teresianos. Pero ¿cómo no, si a manera de ángeles invisibles nos acompañan en nuestro camino las oraciones de Uds. y de tantas buenas almas? Esta noche hemos llegado con el tren a la una de la madrugada, hospedándonos en una fonda

que hemos encontrado al entrar en la ciudad. Aunque como digo era de noche y apenas si podíamos distinguir nada, ¿me creerán Uds. si les digo que de aquel fondo oscuro se destacaban para nosotros hermosas luces, que por extremo alegraban a nuestro corazón? Todavía la oscuridad de la noche paréceme a mí como si prestase más ligeras alas a mi imaginación, pues holgábase de espaciarse por el ancho campo de las ficciones, dulces y sabrosas entonces para mi alma.- Aquí nació Teresa, aquí vivió Teresa, por aquí anduvo Teresa (pensaba); y estos recuerdos bastaban para embellecerlo todo, y aún para esclarecer las mismas tinieblas creo yo que servirían. Si en el coche en que íbamos, desde la estación a la ciudad, oíamos hablar a los paisanos de Teresa con aquel acento castellano puro, con aquel fino gracejo que en ellos distingo, me parecía estar oyendo a la misma Teresa, cuyo donaire tan al vivo retratado se halla en sus cartas. Si la luz de un fanal venía a iluminar el rostro de aquellas personas, desconocidas para nosotros, pero a quienes, con solo ser de Ávila, ya amábamos, a mí me parecía descubrir en ellas un expresivo rasgo, una línea de aquella garbosa y encantadora Avilesa; y codeando a mi compañero le decía bajito: - ¿Has visto? ¿Verdad que se parece a santa Teresa?... Pero ¡qué de menudas cosas voy ensartando, cuando tan buenas y exquisitas son las que tengo que contarles! Mas tengo la fortuna de no dirigirme sino a Uds., que habiendo dedicado a Teresa los afectos más tiernos de su corazón, sabrán entender y sentir todo cuanto de delicado, de hermoso y tierno encierran estas dulces y deliciosas quimeras, hijas espontáneas de un corazón que ama, creo que también un poco para dicha suya.

No les cogerá a Uds. de sorpresa si les digo que, faltos de dormir como estábamos, hemos dormido y descansado bien las primeras horas de la madrugada. ¿Cómo no, allí donde Teresa ha soñado tanto con los Ángeles? Pero lo que no podrían acaso imaginar es que más, infinitamente más hermoso ha sido todavía nuestro despertar. ¿Se lo diré a Uds.? He abierto enseguida el balcón de nuestra habitación, y toda ella se ha inundado de luz riente y clarísima. Hanme parecido tan bellos, tan cariñosos y dulces sus rayos que he querido como envolverme en ellos, y en ellos ha deseado bañarse mi alma. Yo no sé decir hasta qué punto será esto verdad; pero como si aquella luz hubiese podido deslizarse hasta el fondo de mi alma, es lo cierto que se ha sentido más alegre, rejuvenecida y feliz. He contemplado después este horizonte, estas casas, aquellos severos edificios y antiguos torreones que desde el balcón se descubren, y en todo he sentido un encanto muy particular. Pero esto nada tiene de extraño, si se atiende a que la mayor parte de los edificios y casas particulares son de antiquísima construcción, y conservan muchas de ellas ese sello de grandeza que va desapareciendo, ofreciéndose teñidas con ese color indefinible de los años que tanto agrada al artista, a cuya vista no puede uno menos de evocar los recuerdos de santa Teresa como naturalmente enlazados a estas casas y edificios.

¿Cómo se satisface el corazón pudiendo sin ningún linaje de duda decir paseando esta Ávila de los Caballeros, como con toda verdad se llamaba: - Por esta calle torcida y sombría pasó muchas veces santa Teresa; - la sombra que proyecta el arco ojival de este portalón, de sillares oscuros y esmaltados de verdín, bañó infinitas veces la frente de aquella hermosa niña, que se llamó después santa Teresa;- por esta plaza se vio corretear a la que después cobró fama de celestial Andariega; - en este ajimez árabe, abierto en los vetustos paredones de la casa de un título de Castilla, ya se fijaron los ojos de la graciosísima adolescente Teresa; - aquella almenada torre ya hirió sin duda la vivaz fantasía de Teresa; - en este azul purísimo reposaron plácidamente las miradas de Teresa; - en esta lumbre clarísima se anegaron las pupilas de Teresa!... Crean ustedes que esto sólo proporcionaba abundante y sabroso pasto a mi imaginación. Pero ¿cómo decir la satisfacción de mi corazón hambriento al paladear lo que después hemos ya visto, y eso que todavía nos falta aquí mucho por ver?

Tan pronto como nos hemos levantado esta mañana, nos hemos echado a volar por estas calles, creyéndonos a pie juntillas que todo lo íbamos a encontrar. Pero, si a nadie lo hubiesen de contar Uds., les diría que nos hemos perdido por esas calles como tres y dos son cinco. Nosotros preguntábamos a la gente por **la Santa**; y es claro, la gente nos guiaba y llegábamos por fin, después de andar mucho, a la que ahora es iglesia dedicada a santa Teresa, y que fue la misma casa donde ella nació, iglesia que los avileses denominan gráficamente la Santa. - Pero ¡si no es esto lo que nosotros buscábamos! Decíamos. ¡Si buscamos el convento de San José! - Pues, digan Uds. que van a **las Madres!** - nos han dicho. - Pero ¿dónde está eso? - Miren Uds.: al otro extremo de la población. - ¡Ay Madre de mi vida! he exclamado. Y dejando por entonces **la Santa**, con apresurado paso nos hemos dirigido en busca de **las Madres**, que nosotros creíamos se llamaba **la Santa**.- Pues, ya lo has conseguido, me decía andando mi compañero. - ¿Lo qué? ¿El cansarme? le contesté.- Pero ¿qué no deseabas perderte por Avila? - Y tienes razón que lo dije. Santa Teresa me lo ha concedido. ¡Bendita sea!

Así que llegamos al convento de San José y entramos en la habitación donde tienen el torno, hubieran Uds. oído el gracioso diálogo que me permito copiarles: - Deo gratias, se oyó por fuera.- A Dios sean dadas, se oyó por dentro.- ¿Cómo están Uds., Madres? – Bien, a Dios gracias, y V? - No hay novedad; no nos conocerán Uds. – Nos é; no tengo el gusto... – Somos unos viajeros de allá lejos: de Tortosa.- ¿De Tortosa? ¿Conocen Uds. al Director de la **Revista teresiana**? - ¡Vaya!... Yo entonces me eché a reír. Debí de oírme la Madre tornera, pues me replicó con viveza: - ¿Acaso es V. el Sr. D. Enrique? – Eso es, Madre; eso es, contesté yo. Enseguida nos dijo que iba a sacar recado para celebrar, como deseábamos, añadiendo que noticiaría nuestra llegada a la Comunidad, y advirtiéndonos que no faltásemos al locutorio en la hora de recreo. Enseguida celebramos misa, tomando el desayuno en el locutorio y aplazando nuestra entrevista con las monjas para otro rato. También aplazo para otra el hablarles de lo que aquí hemos visto y veremos aún, Dios mediante. Luego hemos ido a ver al señor Obispo, quien nos ha recibido con una amabilidad cordialísima. Dije una vez que ciertas frases de una carta suya eran de verdadero sabor teresiano, mas hoy debo añadir que todo en su persona tiene ese delicado y gracioso sabor. Nos ha cautivado ya a las pocas palabras que con Su Ilustrísima hemos cambiado, y en sus familiares hemos encontrado unos verdaderos amigos. Acompañados por uno de ellos hemos ido a visitar a **la Santa**, esto es, la iglesia que fue la casa donde ella nació. Tiene esta iglesia la forma de cruz, con cuatro capillas a cada lado. En el último altar lateral de la derecha se venera una imagen de mucho mérito que representa a Nuestro Señor atado a la columna, y a la cual tienen los fieles mucha devoción. Es obra de D. Gregorio Hernández, y pintada por Luis de Morales. El altar mayor representa la Virgen y Señor san José poniendo un collar a santa Teresa, y es bastante bueno. Luego nos hemos dirigido a la capilla de la Santa pasando por la de Nuestra Señora del Carmen. Las dos constituían la sala y alcoba donde vio la luz nuestra Heroína. Entrando allí me representaba con la imaginación a toda aquella tan ilustre como cristiana familia alborozada con la nueva de haberles concedido el Señor una preciosa niña, cuyos vagidos me parecía aún oír, impresionado por aquel sitio y por aquellos dulces recuerdos. Estos eran despertados más vivamente por las inscripciones que se ven a la entrada de la capilla y que manifiestan el día y la hora en que Teresa nació y demás circunstancias. Como Uds. comprenderán, nosotros no teníamos necesidad de estos despertadores, cuando impelidos por la más viva y devota curiosidad, al mismo tiempo que sobrecogidos de no sé qué profundo respeto y temor, observábamos la capilla con el más prolijo detenimiento, temerosos de que nada se escapase a nuestros ojos. La efigie de la Santa se halla de rodillas con los ojos levantados al cielo. Su cara es hermosa, pero si he de decir con franqueza lo que siento, al conjunto le falta esbeltez y gracia. Yo me guardaré mucho de decirlo así a los avileses, pues ya se tienen creído ellos que no hay imagen como aquella.

Allí, sobre el altar y colocado dentro de un escaparate, hemos contemplado y besado un precioso Crucifijo. ¡Ay mis buenas amigas! Al besarlo con una efusión en que se confundían dos amores dulcísimos, el amor a Jesús y el amor a Teresa, he sentido yo no sé qué íntima y sagrada delectación... ¡Lo besó y abrazó tantas veces santa Teresa! ¡Hablaban su piadoso rostro con tanta elocuencia de los multiplicados trabajos y de los inefables consuelos de nuestra esclarecida virgen! Con él en las manos murió la Santa bendita después de haber tenido un éxtasis que le duró catorce horas, teniendo la cabeza amorosamente reclinada en un hombre de la venerable Ana de san Bartolomé. ¿Comprenden ahora Uds. los sentimientos que tan precioso Crucifijo despertaría en nuestros corazones? – Colgado en la pared vimos también otro cuadro de la Dolorosa que llevaba igualmente consigo en sus viajes. En la parte superior de las paredes laterales de esta capilla existen seis grandes cuadros que representan escenas de la vida de la Santa. Luego nos han sacado las reliquias de la Santa que se guardan en una alacena de la capillita inmediata, dedicada a san Elías, que fue el despacho del padre de la Santa. Las reliquias son: el dedo índice de la mano derecha, que está colocado en un relicario de cristal y de plata; una suela de sus alpargatas colocada de igual forma; el báculo que usaba en sus viajes, que no extrañé sea bastante largo, pues era la Santa buena moza, y finalmente su santo rosario con la cruz de madera, con las cuentas bastante abultadas y todo engarzado en plata. Esto lo lamentamos mucho nosotros. Que se conserven en hora buena dentro de relicarios de oro y de diamantes, si se quiere, objetos tan inestimables, pero que se conserven sin alterarlos en lo más mínimo, como quiera que en vez de enriquecerlos, lo que se hace es arrebatarnos con esto todo su aroma, quitarles casi su autenticidad, en lo cual consiste todo su valor. Bien sabemos que son sentimientos de piedad los que inducen a hacer estas alteraciones, pero se me figura que no es esta una piedad tan ilustrada como sería de desear.- Pero ahora noto que este tono serio no me cuadra. ¡Qué caramba! Será como el claro oscuro en el lienzo. Van Uds. a verlo.

Después de orar un ratito en aquella capilla tan retirada, tan devota, tan llena de recuerdos, tan embalsamada de ese espíritu teresiano, con el cual yo quisiera poder saturar estas cartas para que percibiesen Uds. algo de lo que sentíamos; después de desahogar nuestro corazón allí donde Teresa de Jesús exhaló su primer suspiro y envió a sus gozosos padres su primera sonrisa, y fue acariciada por el primer rayo de sol y arrullada por los primeros murmullos del aire, hemos salido con dirección a la sacristía. En un ángulo hay una especie de abertura por donde nos hemos colado también nosotros, guiados por nuestros amigos. Hemos bajado agachados a una especie de subterráneo, que sin duda serían los bajos de la casa de los padres de santa Teresa. Por allí nos han dicho había antes unos sepulcros, creo que de la familia. Saltando y corriendo iba casi por aquellos oscuros lugares, pues imaginaba que algo de bueno íbamos a ver. Y no me engañé. Figúrense ustedes que de repente hemos salido a un patio lleno de arbusto y árboles. ¡Era el jardincito de santa Teresa! Allí pensé en aquellos versitos que escribió un amigo mío:

Niños son sus pensamientos,
y hace ermitillas jugando:
es que ya se está ensayando
para fundar sus conventos.

Miraba yo a todos los ángulos para ver si veía todavía algún hoyo, alguna pared, algún resto de aquellas casitas. Aquí se debía ella sentar (pensaba), y con aquella discreción que ya entonces apuntaría en su alma, le daría a Rodrigo, su hermanito, reglas para hacer con solidez y gracia aquellos edificios en miniatura. Allí hay también lilas y un guindo, a quienes hubiera querido despojar de sus hojas para regalarlas a las teresianas más pequeñitas de ésa. Algunos puñados cogí, llenándome de ellas el bolsillo. Para todos habrá. Pero no nos contentamos con esto. En el guindo había algunos frutos, pero es el caso que estaban en una rama muy alta. Mas queríamos probar la fruta del jardín de santa Teresa, y ¡cuándo se quiere bien! Al fin hicimos caer algunos. Verdes estaban, es verdad; pero crean Uds. que los encontramos dulces. Al salir del jardín (yo era el último), vimos una rampa que nos dijeron era la bajada de la cada del jardín. Por aquí (dije) saltaría y retozaría aquella ligera corcilla y niña traviesa, y aún me pareció deslizarse, huyendo por allí, su sombra querida, que nosotros perseguimos por todas partes como unos... enamorados.

Pero basta por hoy, mis buenas teresianas. Hace rato que les estoy escribiendo, y no es cosa de desperdiciar el tiempo. Tenemos muy buenos, amables y teresianos amigos, que no quieren nos vayamos sin recorrerlo y visitarlo todo. Hasta la otra, pues. – Pero ahora me río de lo que acaba de pasar aquí en el cuarto donde les escribo. Yo sacaba mis hojas del bolsillo, y mi compañero me ha dicho: - Pues yo tengo una cosa mejor.- Vamos a ver, le he contestado.- ¡Ah! ¡cómo la quisieras!.- No, no, que ya estoy contento con mi precioso botín.- ¿Eso? ¡gran cosa!- ¿Pues qué tienes? Vamos a ver. Por fin movido por mi curiosidad ha sacado del bolsillo, ¿saben Uds. qué? Nada menos que un pedazo de ladrillo. El me dice sonriendo que es aún de las casitas que hacia santa Teresa. Pero yo le digo que no es sino un pedazo cualquiera, que cualquier muchacho echó allí tirando piedras. A esto me dice que la envidia me hace hablar, y que no me va a dar ni un átomo de él. ¿Han visto Uds. mayor venganza?- Se repite de Uds. afectísimo amigo en el sagrado Corazón de Jesús de Teresa,

J. A. y A.

A SANTA TERESA DE JESÚS

Dulcísima cantora,
Que en arpa delicada
Alzabas extasiada
Tus preces al Señor;
Y gratas armonías,
Feliz en tu clausura,
Lanzaba tu alma pura
Con místico fervor;
Ya nadie exhalar puede
Aquellas tus canciones
Que la fe en los corazones

Lograban infundir;
Pues nadie sentir sabe
Los célicos ardores
Que en cánticos de amores
Te hacían prorrumpir.
Tú fuiste la elegida,
La que en ventura sola
Ciñó doble aureola,
De genio y santidad;
La sola que comparte
La gloria y los honores,
Con todos los Doctores
Que dio la cristiandad.
En vano desdeñaste
Las honras de esta vida,
Cantora enaltecida,
Paloma casta y fiel;
En vano tus arrullos
Lanzabas entre rejas,
Contándole tus quejas
Al Santo de Israel.
Al par que a los altares
Por santa te elevaron,
Los sabios te aclamaron
Por genio singular;
Que acaso tú olvidabas,
Sufriendo ruda prueba,
Que Dios al bajo eleva
Sabiéndole premiar.
¡Oh Santa bendecida!
Los Ángeles te oyeron,
Y el canto suyo unieron
A tu eco arrobador;
Y fúlgida diadema
Ciñéndote amorosos,
Te alzaron presurosos
Al trono del Señor.
Por eso te rogamos
Al ver tu excelsa gloria
Las que hoy a tu memoria
Pulsamos el laúd;
Que amante nos envíes
Desde ese claro asiento
La luz de tu talento,
La flor de tu virtud.

ELADIA BAUTISTA y PATIER.

Mula (Murcia), 8 de octubre de 1875

CORRESPONDENCIA

Señor Director de la *Revista Teresiana*

Buenos-Aires 16 de octubre de 1875

Muy señor mío: Por segunda vez Buenos-Aires ha presenciado una solemne y devota función con la cual honraron a su ínclita Madre y fundadora santa Teresa de Jesús las religiosas sus hijas. Parece que se va notando cierta reacción religiosa, asiste mayor concurrencia a los templos, las funciones son cada día más espléndidas, más imponentes. Así

que hemos visto que en la novena que empezó el 7 del corriente acudían personas piadosas de todos los puntos, y algunos muy distantes de la ciudad.

Es fama en esta, que las religiosas de santa Teresa son maestras en la música religiosa, y esta vez, como las otras, no la han desmentido. Ha habido momentos en que la concurrencia parecía transportada a otras regiones más felices, por ser más serenas, más tranquilas; parecíale ver entreabierta aquella patria donde eternos son los himnos y eterna la gratitud al Cordero inmaculado, al Esposo divino de las almas. ¡Tal es el poder magno del canto religioso!

Llegó el día 14, víspera de la festividad de la Santa. Piadosas señoras compartieron con las Religiosas el trabajo de adornar los altares, en el cual desplegaron un exquisito gusto que les ha valido un unánime aplauso. La capilla presentaba un magnífico golpe de vista. Lujosos damascos cubrían las paredes, ricas alfombras el pavimento, los altares ricamente adornados, y en el altar mayor en medio de bien distribuidos luces y profusión de flores sobresalía un magnífico dosel, en el cual los fieles adoraban a aquel Dios que tantos favores concedió a Teresa, y que la concurrencia pedía de nuevo para sus amadas hijas. Cantáronse Vísperas a las dos de la tarde con toda solemnidad, y terminadas se dio a besar la reliquia de la Santa.

Desde las primeras horas de la mañana del 15 víose la iglesia concurrida por innumerables señores sacerdotes y religiosos que iban a ofrecer el santo sacrificio en honor de la Santa. A las ocho de la mañana el Excmo. Y Rmo. Sr. Arzobispo dijo la misa de comunidad, en la cual distribuyó el Pan eucarístico a las religiosas y a muchísimas piadosas personas, que pedían al sagrado Corazón de Jesús extendiese por toda la América la religión de Teresa.

A las diez de la mañana cantaron las religiosas una solemnísima misa que celebró el señor Cura rector de la Concepción, don Luis I. De la Torre. Pronunció un magnífico discurso el señor canónigo D. Juan A. Boneo. Trazó admirablemente la vida de la Santa describiendo sus virtudes que le merecieron los más señalados favores divinos, su vida austera y penitente que le ha merecido el honor de los altares. Habló de su celo por la gloria de Dios, que le hizo emprender obras insuperables al cálculo humano y que supo vencer su piedad y su confianza en Jesús, animando a sus hijas las religiosas, que han tenido que luchar también con insuperables dificultades para emprender en América la obra de la fundación de un convento de hijas de santa Teresa.

Durante el día fue visitada la capilla por los colegios de las Hermanas de la Caridad de san Vicente de Paúl e Hijas de María del Huerto, y por lo más escogido de nuestra sociedad.

A las cinco de la tarde se cantó por primera vez un magnífico Trisagio, que dejó complacidos a todos los concurrentes. Terminó la función con la reserva y bendición del Santísimo, despidiéndose los fieles muy satisfechos de los honores tributados a la ilustre santa Teresa de Jesús.

J. G.

- Vengo a hacerle una consulta, me decía una jovencita Hija de María y Teresa de Jesús.
- Di, replíquele, ¿qué se te ocurre?
- Un escrúpulo, señor, y es que estos días he tenido que ir al campo, y he tenido que hacer el cuarto de hora de oración allí.
- Y ¿cómo lo has hecho?
- Eso es lo que quiero decirle. Un día hice una cruz en el tronco de un gran algarrobo, y allí postrada meditaba en la pasión del Señor. Otra vez en la viña hice una pequeña cruz de palo, y arrodillada donde nadie pudiese verme, meditaba en la oración del Huerto de mi amado Jesús
- Pues bien lo hacías, hija mía
- Pero no es esto lo que me da pena. Es que otro día, como fuese a hacer la comida a mi padre y hermanitos que trabajaban en una heredad en que no había árboles y viña, retíreme a un lugar apartado, e hice una cruz con carbón en una piedra, y allí delante de aquella cruz oré. Yo tuve algo de pena después, porque la piedra cualquiera se la podía hallar, y por haberla hecho con carbón la cruz, aunque después ya procuré borrarla para que nadie hiciese escarnio. ¿Lo hice bien?
- Sí, hija mía, y para que no te veas en tales apuros otra vez y con más devoción puedas hacer tu cuarto de hora de oración en el campo y en todas partes, díjele yo, en premio de

tu fidelidad a tan santa práctica, te regalo este pequeño crucifijo, que llevarás siempre contigo, y mirándole podrás mejor orar.

- Gracias, Padre mío, contestó. Todos los días lo besaré al levantarme y acostarme, y entre día y sobre todo cuando tenga tentación, apretándole contra mi corazón diré: Soy de Jesús; ¡atrás, negrillo! ¡viva Jesús!.

Y deslizándose dos gruesas lágrimas de sus ojos besando el crucifijo con grande devoción se despidió consolada esta inocente y fervorosa Hija de Teresa de Jesús.

- Dios te dé perseverancia siendo siempre de Jesús, exclamé con el corazón fuertemente conmovido al ver tanta virtud.

¡Cómo nos confunden estas tiernas Hijas de María y Teresa de Jesús! ¿Aún alegaremos excusas de nuestras ocupaciones, de no tener lugar para hacer nuestra oración diaria? ¿Por ventura no está Dios en todas partes? No lugar, sino voluntad nos falta para orar.

C.

SANTA TERESA DE JESÚS AGRADECIDA

Llámanme la mujer más agradecida del mundo, porque nadie jamás me hizo un beneficio, por pequeño que fuese, que no se lo pagase muy bien. Pruébelo quién no lo creyere, y lo verá por experiencia.

(Santa Teresa de Jesús)

La reverenda Priora de las Carmelitas Descalzas de Teruel nos ha escrito la siguiente relación de un favor notable debido a santa Teresa de Jesús:

“En agosto del año próximo pasado se encontraba una familia de esta ciudad sumamente afligida por encontrarse el padre de ella después de una larga y penosa enfermedad desahuciado de los médicos, tanto que les advertía no se descuidasen, que en la hora menos pensada lo encontrarían muerto.

“La madre se encontraba con una mano llena de agujeros y los huesos todos cariados en tal disposición, que los médicos no hallaban otro medio para librarle la vida que hacerle la amputación antes que la gangrena pasase al brazo, para lo cual ya habían señalado la hora; pero encontraron tan sumamente débil a la enferma, que les pareció no podría resistir la operación, y se determinaron esperar algún día. Yo movida a compasión de ver a ese matrimonio en las puertas de la muerte y que dejaba siete hijos, sin ser ninguno para ganar un pedazo de pan, les mandé un pedacito manchado en el óleo del Cuerpo de nuestra Madre santa Teresa de Jesús, y al entregarlo dije estas palabras: Santa Madre mía, daos a conocer en esta ciudad y consolar a esa familia, y pondremos en la **Revista** el favor. Llevaron, pues, la reliquia, y se la entregaron al enfermo: éste creyendo que su esposa estaba peor se la mandó, la cual se la puso con mucha fe dentro los vendajes; al otro día vienen los médicos, deslían la mano, la descubren y le dicen que por qué les presenta la mano buena, que no podían creer fuese aquella la mano que poco antes habían liado, pues la encontraron natural y no podían creer lo que con sus ojos veían; le preguntaron qué se había puesto, y por fin no pudieron menos de confesar que allí había obrado el poder de Dios. A los pocos días nos dijeron la habían visto empleada en las faenas de casa, diciendo a todos que santa Teresa de Jesús había obrado con ella, no un milagro, sino un gran milagro. Su esposo, que sabe lo sucedido, pide le den la reliquia y también principió a experimentar la protección de tan compasiva Madre.

“Estos dos consortes vinieron después a dar las gracias a su bienhechora por medio de una solemne misa con exposición de su Divina Majestad, y después pasaron a dárselas a la Comunidad, contándonos lo sucedido con mucha alegría de sus almas, que parecía no tenían palabras con que encarecer tan grandes favores. Este milagro ha sido tan público, que desde entonces no hacen más que pedirnos alguna cosa de santa Teresa, y nosotros nos privamos de algunos pedacitos que tenemos tocados a su santo Corazón, y ha sido el Señor servido que muchas personas hayan experimentado conocida mejora en su enfermedad, y que por este medio ha crecido mucho la devoción a nuestra querida y encantadora Madre”.

El Cura de Talavera la Real enfermó de tal gravedad de una pulmonía, que en pocos momentos fue preciso administrarle los santos Sacramentos de nuestra Madre la santa Iglesia.

Sus afligidas hermanas pasaron aviso a esta Comunidad de Carmelitas Descalzas para que juntas con ellas hicieran oración por la salud de tan buen hermano. Las Religiosas empezaron sus súplicas y acudieron a la intercesión del glorioso san José su Padre y a la de su esclarecida Madre santa Teresa de Jesús, ofreciéndoles al instante que el enfermo recobrarla la salud (la que según opinión de uno de los facultativos que le asistían era en lo humano imposible) ponerlo en el **Propagador** y en la **Revista Teresiana**. Los Santos benditos habían de alcanzarles esta gracia el día en que las Carmelitas celebran su fiesta del Patrocinio, para que así fuera más conocido el favor. Y efectivamente se empezó una novena al glorioso Patriarca y otra a nuestra seráfica Madre, y el día que se había deseado y pedido fue el destinado para obtener tan gran beneficio, pues en aquel día del Patrocinio de san José los facultativos dieron al enfermo por fuera de peligro, y restablecido luego de su enfermedad continúa cumpliendo con sus obligaciones sagradas, haciendo mucho bien a las almas con su buena dirección y ejemplo. Todo por los grandes santos el glorioso san José y nuestra gran Madre santa Teresa de Jesús.

Vamos a copiar una carta que es un testimonio irrecusable del filial cariño que santa Teresa de Jesús ha sabido inspirar a sus hijas queridas, las jóvenes católicas, y de la cordial confianza con que éstas acuden e invocan el valimiento de tan tierna Madre.

Dice así:

“Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, y José mi protector, y también mi queridísima Madre santa Teresa de Jesús.

“Mi adorada Madre santa Teresa de Jesús: Muchos días hace que os pido una gracia, y encuentro que aún no me la habéis alcanzado perfectamente. Os suplico, pues, Madre mía, que baste y sea esta la última vez. Alcanzadme la perfecta curación del mal que me aqueja, y yo os doy palabra que os querré muy mucho, más de lo que os quiero, pero si no conviniera así, alcanzadme al menos la resignación cristiana, y el generoso desprendimiento de aquellas cosas que no agradan a Jesús, que no son de Jesús; y sobre todo, Madre mía, alcanzadme del Señor un corazón ni más ni menos que como el vuestro.

Os lo pide de corazón la que os ama con toda su alma.- **Una hija de Teresa**, de Benicarló.

Ahora bien. ¿Podía quedar defraudada la cordial confianza que esta hija cifrara en tan poderosa y dulce Madre? Ciertamente que no. La joven autora de este piadoso documento ha curado perfectamente su dolencia; y hoy después de indecibles sufrimientos sólo ostenta una imperceptible señal.

CRONICA RELIGIOSA

Alcanar.- No ha querido ser la última esta piadosa villa en tributar entusiastas festejos a la incomparable Teresa de Jesús. Oigamos la interesante relación que nos remite una de sus hijas, del extraordinario regocijo con que fue recibida allí su hermosa imagen.

Rdo. Sr. D. Enrique de Ossó.- Viva una y mil veces la graciosa Castellana, santa Teresa de Jesús, que tan bien sabe arrebatar nuestros corazones, inundando dulcemente nuestro espíritu de júbilo y santa alegría. Verdaderamente que el Señor es admirable en sus Santos; pero en santa Teresa de Jesús lo es que encanta. ¡Tantas maravillas se complace en obrar por medio de la que ya las gentes dieron en llamar la aña gaza de Dios! Será sin duda porque Jesús es todo de Teresa y Teresa es toda de Jesús. Dichosa ¡ay! Dichosa Santa, a quien Jesús se le comunica todo sin reserva, haciéndola dueña de sus intereses y hasta de su gloria, tomando por propios los honores a ella tributados, como quien empeñó con ella la palabra de que su honra era suya, debiendo por consiguiente ella velar por su honor, como buena y verdadera esposa. ¡Loor, pues, a santa Teresa de Jesús! Viva, sí, viva ahora y siempre en nuestros corazones, y crezca en los mismos la admiración y pasmo que nos causan sus portentosos triunfos. ¡Ah! ¡cuánta verdad dijo aquel que dijo que todo en Teresa de Jesús era grande, y admirable, y fenomenal!

Mírese sino su alma. ¡Ah! ¡qué alma tan hermosa, dulce y agradable la de santa Teresa de Jesús!... Encanta su cuerpo... embelesa. Su talle... arrebata. Su ciencia... abisma. Su virtud... extasía. Toda ella, en una palabra, enajena, y fuera de nosotros nos obliga a exclamar como Pío IX en cierta ocasión por tres veces: ¡Qué grande Santa es santa Teresa de Jesús!

Razón, pues, tiene V., señor Director, para pintárnosla grande a santa Teresa de Jesús en su **Revista**. Y razón tenemos también nosotros para representárnosla tan grande como V. nos la pinta, ahora que poseemos una rica y preciosísima imagen suya, a cuya vista, como extasiadas las gentes, exclaman: ¡Qué hermosa es! Da gusto mirarla.

Es, señor Director, un alabar a Dios tanto entusiasmo como se nota en Alcanar, con motivo de la imagen de santa Teresa de Jesús, que se acaba de recibir; por manera que su bendición y fiestas con ocasión de la misma van a formar época en los anales de este pueblo.

Comenzaré, señor Director, por las dulces emociones que experimentó mi corazón el día 23 del corriente mes de octubre entre seis y siete de la tarde, en que tuvo lugar el acto más tierno e imponente que jamás he visto. Depositada estaba la graciosa y elegante imagen de la ilustre Avilesa en una de las primeras y principales casas de la población, de donde fue llevada en triunfo por todas sus hijas, formadas en dos hileras y con luces en la mano a la plaza mayor de esta villa donde debía ser bendecida. Colocada en un altar ricamente adornado, al cual daban mayor realce varios arcos de murta, formando un gracioso templete y de cuyo fondo se destacaba un hermosísimo cuadro en fotografía de la misma, y bendecida con solemnidad por el anciano presbítero D. Ramón Alabart, comensal de la catedral de Tortosa, entre los plácemes y vítores de los concurrentes, fue aclamada Reina de los corazones.

Justo era, señor Director, el regocijo de este piadoso pueblo, porque verdaderamente esta imagen es un hechizo. Motivo de sobra para celebrar su hermosura tuvieron aquellos niños, que inmediatamente después recitaron unos elegantes versos, con lo cual la robadora de corazones acabó de cautivar los de todos los asistentes a tan tierno e interesante acto. ¡Viva santa Teresa de Jesús! Gritaban niños, jóvenes y ancianos. ¡Loado sea el Señor, decía yo interiormente, que en tan aciagos días dispensa aún tan gratas consolaciones!

Colocada entre tanto en una elegante peana, entre vivas y más vivas, fue paseada por las principales calles de esta población y conducida como en triunfo a la iglesia. Pero ¡ay! ¡qué cuadro tan sorprendente nos esperaba antes de llegar a la puerta principal! La muchedumbre que apiñada en la plaza mayor pocos momentos antes impedía el paso a las hijas de María Inmaculada y Teresa de Jesús, parecía haber sido trasladada como por encanto a la entrada de la iglesia para saludar de nuevo al imán de sus corazones. Bienvenida seas, santa Teresa de Jesús, entre ya en este templo, y ocupa el trono que en él te hemos preparado, parecía le decía el inmenso gentío, que no se hartaba de contemplar su encantadora imagen. Mas ya tenemos en el templo a santa Teresa de Jesús, ya la vemos colocada en el trono de gloria para ella previamente dispuesto. ¡Ah! ¡qué bien está allí Teresa de Jesús en medio de tantos atavíos y magnificencia! Ni Salomón cubierto con toda su gloria nos parecía como ella. Enseguida un orador sagrado, que V. muy bien conoce, ocupó la cátedra del Espíritu Santo, demostrando cuánto podían esperar de esta Santa agradecidísima las hijas del religioso pueblo de Alcanar. Al otro día tuvo lugar una Comunión general concurrencidísima, en la que se confundían personas de distinción con sencillas labradoras y humildes sirvientas. Siguió a ella una misa mayor que se cantó a toda orquesta con una magnificencia pocas veces vista, en que el orador sagrado doctor don Froilán Beltrán hizo un elocuente panegírico de la Santa, dando las gracias al final a todos, y en especial a los forasteros que habían acudido a dar mayor importancia a la función.

Por la tarde después de Vísperas expúsose S. D. M. cantándose un solemne Trisagio con música, predicando un elocuente sermón en alabanza de la Santa el presbítero D. José Hernández. Siguióse luego la procesión, que fue concurrencidísima: hacía de Preste el fundador de la Asociación. El magnífico Ayuntamiento, ando una prueba de su fe y de su amor por las glorias de España, asistió en corporación a la procesión. Seguían al magnífico Ayuntamiento doscientas hijas de Teresa con velas encendidas, que acompañaban con suma modestia y recogimiento a su excelsa Madre, cerrando tan numerosa y devota comitiva la Junta de gobierno de la Asociación con la señora Marquesa de las Atalayuelas y de la Guardia Real, que se honra con contar entre sus más ilustres ascendientes a la familia de los Cepedas y Ahumadas.

No faltaron niños vestidos de ángeles y niñas vestidas de carmelitas que alfombraban de flores las calles que recorría la procesión. Llovían además nubes de flores sobre la imagen, de los balcones y ventanas adornados de colgaduras, siendo muchas de estas ricos pañuelos de seda de las hijas de Teresa. Lo confieso ingenuamente, señor Director, nunca hubiera creído, a no haberlo visto, cuan hermoso es un pueblo congregado a la sombra de Jesús de Teresa y de Teresa de Jesús. Ahora me convenzo una vez más de que santa Teresa de Jesús es verdaderamente la mujer que todo lo puede, porque solamente ella podía encender el fuego del entusiasmo en corazones que antes parecían de hielo.

¡Viva, pues, santa Teresa de Jesús!

¡Viva la mujer que todo lo puede!

¡Viva el pueblo de Alcanar, que por santa Teresa de Jesús se desvive!

L. M., hija de María inmaculada y Teresa de Jesús

Alcanar, 29 de octubre de 1875.

P. D. Me olvidaba decirle y desearía lo consignase en su **Revista** que santa Teresa de Jesús se acreditó de gran Santa en aquel día en dos cosas: la primera fue que al salir la imagen en la procesión, como es tan alta, pues mide ocho y medio palmos, y hacía mucho viento, resbaló uno de los que llevaban la peana en la escalerilla de la puerta de la iglesia, ladeándose la imagen hasta casi tocar el suelo, que fue un milagro, como decían las gentes, que no se hiciera pedazos, y habiéndose movido el tornillo que la sujetaba a la peana ella misma se guardó de caer a pesar de haber calles muy pendientes. La segunda fue que una teresiana que muchos días estaba sumamente delicada quiso acompañarla en la procesión, confiada en la protección de la Santa. Todos le decían que era una temeridad, mas ella cumplió su deseo, recobrando la salud completamente desde aquel día.

Roma.- El Santo Padre recibió el 24 de diciembre en la sala del Trono a los Príncipes de la Iglesia. El Cardenal Decano leyó un notable discurso, en el cual resplandecía la fe, la decisión y el amor del sacro Colegio al venerable sucesor de san Pedro, que rige actualmente los destinos del mundo católico.

En su respuesta Pío IX comenzó diciendo que se cumplían ahora las tres cuartas partes de un siglo desde que Dios llamó maravillosamente al gran Pío VII para suceder al martirizado Pío VI, afirmando que recordaba el hecho para demostrar que nunca Dios abandonó a su Iglesia, ni aún en sus vicisitudes más terribles. Añadió que no faltan los medrosos, siendo de dos clases. Temen los unos como el sacerdote Zacarías, y otros como la Virgen beatísima. El primero temía por humana debilidad, mientras el temor de la Madre de Dios y de los hombres era pura humildad. Aquel fue castigado con una ceguera temporal, pero la santa Doncella de Nazaret es bendita por todas las generaciones. Dijo también que algunos buenos temen porque aún no ven ningún rayo de esperanza, lo cual prueba su poca fe, pudiendo conducirles a perder la dignidad y aún la prudencia. Sostuvo que otros temen con temor santo porque ven los muy graves peligros que nos circundan, pero saben que Dios sabrá librarnos de ellos, porque Dios no manda nunca pruebas superiores a los medios de resistirlas. Añadió que del segundo temor justísimo participa el sacro colegio, que le asiste con gran firmeza y constancia.

Confesó que realmente los males de la Iglesia son gravísimos y que van en aumento las injusticias que contra ella se cometen. Habló luego de los fraudes, engaños e inicuas imposturas a que se recurre, fijándose de un modo especial en las profanaciones, y afirmando que una de las que más lastiman el sentimiento católico es haber quitado del Coliseo la señal de la Redención y el Vía-Crucis. Predijo que Dios, a quien nada puede ocultarse, castigará seguramente a los inicuos. Concluyó diciendo que debíamos entre tanto elevar los ojos al Señor y a la Virgen sin mancha, pidiendo fuerza para resistir la prueba y permanecer fieles.

- El **Observatore romano** publicó el siguiente extracto de la última carta que el presidente García Moreno dirigió al Sumo Pontífice:

“Santísimo Padre: habiendo sido reelegido, sin que lo mereciera, para gobernar durante otros seis años esta república católica, imploro vuestra bendición apostólica. Deseo alcanzar del cielo la fuerza y las luces que más que ningún otro necesito para ser siempre hijo de nuestro Redentor y obediente siervo de su Vicario infalible. Mientras que las logias masónicas de los países limítrofes, empujadas por la Alemania, vomitan contra mí toda suerte de injurias y horribles calumnias, buscando en el secreto los medios para asesinarme, necesito más que nunca la protección divina para vivir y morir en defensa de nuestra santa religión y de esta mi querida república que Dios me ha llamado a gobernar. ¡Qué dicha es para mí, Santísimo Padre, verme detestado y calumniado porque amo a nuestro divino Redentor! Y ¡cuán grande sería mi felicidad, si vuestra bendición me consiguiera la gracia de derramar mi sangre por Aquél que, siendo Dios, ha querido derramar la suya sacrificándose por nosotros sobre la cruz!”.

- Acostumbra el Soberano Pontífice hacer acuñar todos los años una medalla para recordar algún hecho de su pontificado. En el año pasado Pío IX ha hecho grabar una medalla representando las casas de obreros que ha hecho construir a sus expensas cerca de la plaza de Mastai, y que son alquiladas a precios sumamente módicos. Vense allí además de las casas la fuente y el jardín que adornan la plaza, y en perspectiva la iglesia de San Pedro in Montorio. Hay una inscripción que dice: Pauper, commoditati, aedes. a. solo. extructe. En el otro lado hay una efigie de Pío IX.

Estas medallas se distribuyen especialmente en el día aniversario de la coronación del Papa. El Padre Santo regala a menudo algunas a los que le visitan. Es muy fácil procurársela en Roma. Son muchos los que forman colección de todas las medallas del pontificado de Pío IX.

Francia.- La Semaine de Poitiers refiere el siguiente suceso: “Hace algún tiempo que el reverendo Párroco de Cerisy, al salir de la iglesia para llevar el santo Viático a un enfermo, pasó por delante de un mesón en donde habían tres hombres sentados. Al divisar al sacerdote con el santísimo Sacramento, dos de ellos se levantaron y descubrieron respetuosamente; pero el tercero, lejos de imitarles, satirizólos y barbotó una infame blasfemia. Apenas había acabado de proferirla, cayó el desdichado sin conocimiento en presencia de sus aterrizados compañeros. Corriese en busca de un médico y llamaron sin tardanza al Vicario de la parroquia, mas todos los cuidados del facultativo fueron inútiles, y tres veces presentóse el sacerdote para confesar al moribundo, sin que pudiera lograrlo. Agitado durante diez horas por espantosas convulsiones, espiró después de haberse cortado la lengua con sus propios dientes”.

Inglaterra.- La celebración del Jubileo ha sido un verdadero acontecimiento en Inglaterra, siendo sobre todo digno de sorpresa el aspecto que con tal motivo presentaron las ciudades de Manchester y Salford. Las misiones fueron predicadas a la vez en ambas ciudades, adyacentes una de otra, en todas sus iglesias católicas simultáneamente, habiendo empezado el primer domingo de Adviento y concluido en la noche del cuarto, pero prorrogándose hasta el jueves 23 en tres iglesias, a causa de los muchos fieles que asediaban el confesonario. Y sin embargo, hasta el domingo anterior habíanse ya acercado al tribunal de la Penitencia y a la Mesa eucarística cerca de 54.000 personas. Los confesores no habían dejado los confesonarios hasta las doce de la noche, y algunas veces hasta la una y dos de la madrugada. El movimiento religioso ha sido tan intenso que, no sólo los católicos, sino hasta 300 protestantes han querido tomar parte en la misión de gracia. Una de las circunstancias que son muy de notar es que los protestantes de buena fe dicen que procuran confesarse a Dios en lo íntimo de su conciencia, y que, a pesar de toda su compunción y arrepentimiento, no se sienten perdonados. Envidian a los católicos la satisfacción y consuelo que ven retratados en sus rostros cuando salen de la Comunión en sus templos, y esto les persuade que sus actos de contrición protestante son positivamente ilusorios. De aquí nace que muchos de ellos se sientan inclinados a confesarse con un sacerdote católico, y aquellos que una vez han hecho la prueba, son luego los conversos que más honran al Catolicismo en dicho país. Y he aquí explicado ese número de 300 protestantes que han acudido a las misiones católicas en Manchester y Salford.

Calculase en 446.000 personas el número de las que han asistido a los Oficios durante el Jubileo, bien que algunas de ellas entren en dicho número por duplicado. Y no es esto lo más extraordinario: las Confirmaciones, que siguen según costumbre después de la misión, han ascendido esta vez a más de 5.000 personas. En la iglesia de San Vilfrido de Manchester, de esta ciudad centro de la persecución de los católicos del Lancashire en los tiempos de la sanguinaria Isabel, el obispo confirmó a 4.383 individuos. Por último, y es otra cifra significativa, el sínodo diocesano convocado por el Obispo, y que se reunió el día de la fiesta de santo Tomás apóstol, contó 460 miembros del clero secular y regular.

Si la lógica de los números es contundente, nos parece que los que acabamos de apuntar, relativos sólo a una parte de Inglaterra, dan testimonio muy alto de los progresos del Catolicismo.

Suiza.- Conmovido y satisfecho por la nobilísima actitud de los católicos suizos, Mons. Mermillod, obispo de Hebron y vicario apostólico de Ginebra, el primero que fue perseguido y vejado, el blanco preferido de las sectas de Suiza, ha dirigido al clero y los fieles de su vicariato una pastoral, modelo de elocuencia y de energía.

Viendo que el odio al Catolicismo aumenta en todas partes, monseñor Mermillod exclama:

“¡Sacerdotes y fieles, regocijaos! Vosotros dais pruebas a vuestros adversarios de la constitución divina de la santa Iglesia, y les enseñáis, con vuestras resistencias pacíficas y legales los sagrados derechos de Dios, del Evangelio y de la conciencia cristiana.

“A los protestantes liberales y a los libre-pensadores les espanta la reaparición del Catolicismo en Ginebra. Ellos, que hacen gala de ser los hombres de la luz, del progreso y de la libertad; ellos que son los amos de todos los Consejos de Estado, e las sillas de la Academia, en la administración, en la industria, tienen miedo de la lucha de la inteligencia y de

la abnegación en el terreno de la ciencia y de la libertad, y recurren al despojo, a las cadenas, al destierro.

“Regocijaos, piadosos y valientes católicos: estáis asistiendo a la resurrección de los procedimientos del siglo XVI, y el mundo contempla con admiración este duelo entre la libertad del alma y la opresión brutal. El proceso está instruido; el protestantismo y el libre examen, en sus últimos esfuerzos, descubren a vista de todos la nulidad de sus doctrinas, puesto que su argumento supremo es la multa, la prescripción y la supresión de toda libertad”.

Sentimos no tener espacio para insertar íntegra la pastoral de monseñor Mermillod y recordar detalladamente los atropellos de los sectarios y la perseverancia de los católicos. ¡Necios los impíos! ¿No saben que, aún el día de su triunfo, el Cristianismo no tuvo aureola más hermosa que la sangre de sus mártires?

Oceanía.- Existen e Batavia veinte misioneros que rivalizan en celo, cinco casas religiosas frecuentadas por cosa de mil discípulos, un gran orfanato que cuenta trescientos cincuenta niños y dos asilos fundados por la Sociedad de San Vicente de Paúl. El Hospital contiene, por lo común, ochocientos enfermos europeos.

- En las cercanías de Larantoeke (isla Flores) vivía un cristiano octogenario, que desde su juventud practicaba el culto del demonio. Entre los ignorantes tenía gran número de prosélitos. Los misioneros habían trabajado mucho, aunque en vano, por convertir a ese endurecido pecador. Perseveraban, sin embargo, implorando el auxilio de la Madre de Dios. Un día, contra toda esperanza, se presentó el anciano en casa de los misioneros, confesó su error, pidió ser instruido en la religión católica, prometió renunciar a todo culto diabólico, destruir el templo y quemar los utensilios que usaba. Esta conversión ha hecho gran ruido y ha traído al redil a muchos de los habitantes del pueblo, que han ido a pedir perdón a los misioneros por su larga resistencia a las lecciones y consejos que les daban, y ofreciendo hacer penitencia y vivir en adelante como buenos católicos.

RETIRO MENSUAL.- Día 15 de Febrero

Virtud

Todo por Jesús.

Máxima

¡Qué se me da, Señor, a mí de mí, sino de Vos?

(Santa Teresa de Jesús)

Reflexiones

Todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios. Ora comáis, ora bebáis, hacedlo todo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. He aquí una de las máximas más sublimes que nos da el Apóstol y que debemos tener muy presente para ordenar nuestra vida y adelantar mucho por el camino de la perfección. Todas las cosas son vuestras: los cielos, la tierra y cuanto en ellos se contiene, por mí lo ha creado el Señor. ¡Qué pensamiento tan tierno! Esta consideración movía al amor de su Dios a nuestra Santa, al ver aguas, campos y flores. ¿No nos moverá también a nosotros? Nosotros somos de Cristo, porque nos ha criado, nos ha redimido y se nos promete por nuestro premio eterno. Si somos de Cristo, pues, todas las cosas que hagamos, todos nuestros pensamientos, nuestros deseos deben ser de Jesús. Quien es dueño del árbol lo es de las flores y frutos, y hasta de las hojas que le visten y hermocean. Ya comamos, pues, ya bebamos, ya vivamos, ya muramos, ya trabajemos o descansemos, todo sea por Jesús. Sea, pues, nuestro principal intento en este año tejer rica y hermosa guirnalda de flores para presentarla por manos de su Teresa a su Jesús con todo cuanto pensemos, deseemos y obramos, para que en su día al entrar en la eternidad adorne con ella nuestras sienes y nos diga: Entra, siervo bueno y fiel, a recibir la corona de inmortalidad que tejiste con las buenas obras.

Ramillote espiritual

Repetir cada día muchas veces, emulando el espíritu de nuestra Santa: Vuestra soy, para Vos nací, - ¿qué mandáis hacer de mí?

GRACIAS

que se piden a santa Teresa de Jesús, y se recomiendan a las oraciones de sus devotos

El triunfo de la Iglesia, paz de España, libertad de Pío IX.- Todo por Jesús en nuestras obras.- Tres fundaciones religiosas.- Las Hijas de María inmaculada y Teresa de Jesús.- La unidad católica en nuestra España.- Dos enfermos.- Una vocación religiosa contrariada.- Viva Jesús en todos los corazones.- Gracias pedidas y no alcanzadas.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESUS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE

	Suma anterior	Rs.	4,105'80
Avila.- V. E.			4
Escorial.- D. M.			1
Villarreal.- Manuel Manero: Salva, Teresa de Jesús, a Pío IX			9
	Suma	Rs.	4,119'80

(Sigue abierta la suscripción)